

PREFACIO

¡Ay Barragán!

El arquitecto Luis Barragán, constructor de las mansiones del expulsado del Paraíso.

Escribí uno de mis textos más inspirados sobre Barragán, que es uno de los arquitectos que más admiro —¿al que más?—. Lo hice para un pequeño gran libro editado por el Colegio de Arquitectos de Cádiz con el aliento de Tomás Carranza y el empuje de Julio Malo de Molina. Hablé allí de la luz y de la belleza, de los patios y de las azoteas, y de tantas cosas del maestro.

La edición general se encuadernó en blanco, pues aquella bellísima colección cambiaba de color con cada autor. Blanca la portada y blanca también la cajita en que se enfundaba el libro de Barragán. Pero llegaron todavía a más. Hicieron una edición de coleccionista encuadernada y enfundada en oro, en papel dorado brillante. Deslumbrante. Por los dorados que Barragán, con Matías Goeritz, había introducido en su casa y en el retablo de las monjitas de Tlalpan.

Y le regalé un ejemplar de aquel libro maravilloso a Antonio Jiménez Torrecillas, que es uno de los arquitectos, estupendos, con los que comparto la devoción a Barragán. Un buen día, buscando el librito dorado que hasta entonces estaba sobre su mesa, acabó encontrándolo en el dormitorio de su madre, junto a una imagen religiosa. La asistente, pensando que era un libro “de misa” (un librito dorado), lo había colocado en el sitio que ella creía más adecuado. Seguro que a Barragán le habría gustado saberlo.

Escribir ahora un prólogo para otro libro sobre Barragán es un privilegio. Y más con un texto tan riguroso como lo es el de la tesis doctoral de Antonio Ruiz Barbarin, que fue uno de mis mejores alumnos y que además es un magnífico arquitecto y un docente estupendo.

Y creo que es de justicia el resaltar aquí la vasta labor cultural de la Fundación Caja de Arquitectos, con un eficaz equipo de gran calidad humana. Con sus becas y con sus ediciones son un ejemplo de lo que tendrían que hacer todas las instituciones que tienen que ver con los arquitectos y con la arquitectura.

De sus becas y de sus excepcionales becarios sigo recibiendo el inmerecido regalo de seguir en su lista. Y todos los años siguen sus becarios viniendo a trabajar conmigo. Todos de primera.

De sus publicaciones, lo mismo. Con más de una veintena de títulos en la calle de sus prestigiosos Arquia/tesis que forman ya un “corpus teórico” imprescindible para cualquier arquitecto que se precie.

No es casualidad el que dos de los más grandes escritores de este milenio, Octavio Paz y Álvaro Mutis, admiraran y escribieran sobre Barragán.

Así, Álvaro Mutis, uno de mis escritores favoritos, nacido en Colombia y viviendo en México, tras la visita a la biblioteca de Barragán decía, al descubrir que había más libros de

Literatura y Filosofía que de Arquitectura, que estudiar una biblioteca era “una inmejorable forma de conocer los más secretos rincones de un alma”, y añadía refiriéndose a la profesión de Barragán, que ser arquitecto era “la profesión más antigua del hombre, constructor de las mansiones del expulsado del Paraíso”.

Y dándole la vuelta a esa preciosa expresión de Mutis que describe a los arquitectos como constructorés de la mansión del expulsado del Paraíso, yo diría que toda la obra de Barragán no es más que una manera de crear con su Arquitectura un nuevo Paraíso aquí en la tierra. Crear, construir el Paraíso perdido. La arquitectura de Barragán pretendía, y bien que lo conseguía, hacer felices a las personas que habitaban en ella.

La casa de Tacubaya, levantada en 1947, hace ya casi cincuenta años, parece que estuviera recién terminada hoy mismo. Tan como por encima del tiempo está. Y todas sus casas. Todas son un prodigio espacial capaz de convocar a la felicidad y a la belleza. Y todas sus obras.

La obra de Barragán ha sido motivo de muchas publicaciones y exposiciones entre las que hay que destacar dos especialmente significativas: la del MOMA de Nueva York y la de los Nuevos Ministerios en Madrid.

La del MOMA de Nueva York en 1976, viviendo todavía Barragán, fue alentada por Emilio Ambasz y sirvió de eficaz plataforma para difundir la figura y la obra del maestro, y que culminaría con la concesión del Pritzker en 1980.

La exposición de Madrid en las galerías de los Nuevos Ministerios en 1994, al cuidado de, precisamente, Antonio Ruiz Barbarin, sirvió para que, por fin, la figura de Barragán se conociera bien en España.

Barragán murió en 1988. Ya he contado en otras ocasiones la preciosa anécdota de que, cuando en 1982 le invité a la Escuela de Arquitectura de Madrid, respondió con una emocionante carta en la que decía que le gustaría venir, “¡Ay España!, ¡Ay Madrid!, ¡Ay Granada!”, pero que no podía porque estaba preparándose “a bien morir”.

¡Ay Barragán!

Alberto Campo Baeza